

Viacrucis doloroso

de un Pueblo

Durante largos años se estaba reprimiendo el dolor de un pueblo. Cuando hace unos días se rompieron los diques el rumor terrible de las aguas furiosas espantó a la "turbamulta" varia de los felices ingenuos que se satisfacían con la musiquilla adormecedora de las "verdades oficiales", y de los que dormían plácidamente protegidos por la paz del terror, o la explotaban para sus intereses. Hay siempre en la sociedad quienes propugnan el remedio de matar al enfermo para curar sus males.

Para unos y para otros, para los nuevos héroes por generación espontánea que ahora puujan vocingieros, para los que bajo otro signo intentan seguir los mismos métodos, y para los nombres de buena voluntad, quisieran ser estas líneas de serena revisión sobre el drama que ha vivido nuestro pueblo. Es inútil oponerse al ímpetu de la torrentera, pero si que la podemos canalizar, abrirle un cauce.

Cuando al mediodía del primero de enero me sorprendió el bombardeo de los aviones sublevados, cerca de Miraflores, desconfié de nuestro pueblo. Aquellas largas hileras de mujeres y niños aterrorizados que esperaban un autobús o un carrito para trasladarse a sus humildes viviendas... Y los carros que pasaban raudos y vacíos sin detenerse, tripulados por los choferes espantados... Y los hombres irónicos, desconfiados, que lentamente se volvían a sus barrios huyendo de la quema... No teníamos pueblo. Y luego, en días sucesivos, las huelgas parciales sin vibración y sistema, los grupitos que jugaban al escondite medio en broma con los policías... Los que sabían, opinaban que no había nada que hacer. Mientras tanto el ejército jugaba a soldaditos de plomo Pero un día los "sin techo", los "sin trabajo", los que no tenían nada que perder y poco que ganar, el Juan Bimba pisoteado y también hijo de Dios se deslizó como

el agua pantanosa por las quebradas de sus cerros y fué ganando batallas con su sangre, con su despreocupación un mucho bohemia, con sus piedras y cabillas, y las pandillas de muchachos desinfla-cauchos... Fué un despertar del pueblo, de ese pueblo que fué el único que respondió a la llamada de Cristo en la Santa Misión, de lo mejor que tenemos, aunque las apariencias engañen. Allí quedaban aún inmensas reservas de entrega, de generosidad, hundidas a veces en el tremedal de su miseria y de sus vicios e ignorancia. Fué él quien puso en rúbrica de sangre el inolvidable 21 de enero en aquel glorioso crepúsculo anunciador de la feliz mañana del 23 de enero. Y sería triste que, como tantas veces, fuera él el gran olvidado.

Todas las plagas, como huracán de fuego y lava, habían caído sobre nuestro pueblo, pero sobre todo se había pisoteado su dignidad. Y comenzó aquel viacrucis amargo.

El desempleo se cebaba en nuestros barrios. Una encuesta realizada por la Juventud Obrera Católica en todos los barrios de Caracas entre unos 3.000 muchachos y muchachas trabajadoras y con capacidad para el trabajo daba un 50% de desempleados. En muchos de los barrios caraqueños el desempleo tomaba proporciones de tragedia, con un total de más del 75%. Y muchos de los trabajadores y trabajadoras ganaban jornales de hambre, de menos de 7 Bs. Al desempleo se unía la plaga de los despidos arbitrarios, y el empleo de mano de obra servil que no protestara. En último caso se amenazaba con la Seguridad... Las operaciones de "limpieza" de obreros y empleados en los servicios públicos, con triste regularidad, ponían en la calle y en la miseria a muchos honrados padres de familia. Y no se podía protestar, pues según la propaganda oficial y el Ministerio del Trabajo Venezuela tenía pleno empleo, y como carecía de mano de obra suficiente debía echar mano a la inmigración.

Y con el desempleo venía el hambre. Parece inconcebible, pero en Caracas su sombra trágica cubría extensos sectores. ¡Cuántas veces he sorprendido las neveras vacías en los ranchos! La comida no ocupaba mucho tiempo a la madre de familia. Muchos niños se libraban de la anemia en los comedores escolares. Pero los innume-

rables que no podían ir a la escuela porque no podían pagar el uniforme o los libros...

Y la tragedia de los superbloques obreros. En 1954 se publicó, como resumen de una serie de laboriosas encuestas en los cerros de lo que podríamos llamar el espinazo de Caua, un informe sobre el "Cerro Piloto". Se trataba de solucionar el problema de la vivienda obrera. Según datos de dicho informe, que explotamos debidamente —*Revisia "SIC"*, marzo 1955— más de 310.000 personas vivían en los cerros. De la encuesta del Banco Obrero resultaba en dicho Cerro Piloto un dormitorio para 3,08 personas, y un 30% de los ranchos no tenían más que una habitación para todo... El problema angustioso reclamaba una solución. El informe se mantuvo bajo estricta censura, y constituía una delicada operación de "comando" el conseguirse una copia. Y vino la "peor solución". Para el nombre de mirada superficial la policroma canción de los superbloques gigantes era una visión esperanzadora, y abundaron los rapsodas de las nuevas ciudades obreras. Yo personalmente tuve que presenciar y sufrir la tragedia de los desalojos en el "18 de octubre", en "Puerto Rico", en "Las Brisas del Paraíso"... El número fatídico que parecía una mañana en los ranchos, y la burda mano de pintura roja tatuada en ellos como señal de muerte. Y luego las Comisiones de evaluación de los ranchos, arbitrarias y venales, y la maraña ignominiosa de los chanchullos de los empleados subalternos, y la caza febril de una palanca, cualquiera y a cualquier precio... Y un día los tractores inexorables y los planazos y el éxodo triste, y el gasto de los últimos 50 Bs. para el transporte del humilde ajuar... Ahora se me saltan las lágrimas. Y recuerdo que entre el ruido ensordecedor de los cartepillars aquel último doloroso domingo en la capillita del "18 de Octubre" no pude menos de acabar mi sencilla homilía recordando que "Dios, como dice la Santa Biblia, es el vengador de los pobres, y que los poderosos que abusan del pobre y desamparado serán castigados poderosamente"... Las escenas dolorosas eran incontables. Aquel hombrerito, sin nada, guardando las ruinas de su rancho, que no quería irse. La vuelta días después de muchos de ellos a contemplar tristemente su nido deshecho... Y, ¿a dón-

de iban el 50% y aun más de los que vivían en rancho ajeno, pagando un pequeño alquiler? Y, ¿los que gracias a la proverbial hospitalidad de nuestro pueblo vivían al amparo de la caridad de otros pobres? Y, ¿el 80% por lo menos de los que no podían pagar el alquiler de los apartamentos en los bloques?... No importaba. Se les cazaba como alimañas, que afeaban el rostro pintado de la Nueva Caracas. Y esto es lo que más hería a los pobres. Se les pisoteaba impunemente, y no les dejaban ni la libertad de protestar. Muchos de ellos se fueron a engrosar el cinturón subproletario de la Gran Caracas, volcándose en el barrio Unión de Petare, o en el de "El Carpintero", o en Antimano, o rellenando los barrios ya densos de San Agustín del Sur, o de Los Frailes... Para poder pagar el alquiler prohibitivo de los apartamentos en los Bloques se apretujaban tres y cuatro familias en cada uno de ellos. Después venían los desalojos violentos de los Bloques por insolvencia, y la negra acidez que se mascaba en el nuevo ambiente, semillero de odios y extremismos. ¿No se podía haber hecho un estudio más racional del problema y haber aprovechado los pintorescos contornos de Caracas para crear nuevas ciudades obreras, con casitas familiares, o bloques para tres o cuatro familias? La Urbanización "Delgado Chabaud" en el Valle y Ciudad Tablitas presentaban en página abierta una experiencia que se debía haber aprovechado y perfeccionado. Un régimen que hubiera oído la voz del pueblo, de los interesados en el bien del pueblo... ¡Cuántas veces al recorrer la pintoresca geografía de los cerros de Caracas he soñado con esas ciudades-jardín, de casitas de bloques, con su jardincito, y el racimo de muchachos jugueteando entre flores! Pero los cerros de Caracas densos de venezolanos útiles eran tierra desconocida para los gobernantes, más lejana que las islas de Oceanía. Sólo los voraces especuladores de terrenos conocían al detalle la presa futura. Todavía el llegar a muchos de los cerros caraqueños es una aventura, y jamás un tractor de esos que se pagan con el dinero del pueblo ha hollado esa tierra virgen. Sobre la ausencia de Dios en las nuevas ciudades obreras —de los superbloques— escribí, cuando el hacerlo era un riesgo, —*SIC* noviembre, 1956, y el artículo suscitó varias respuestas en la prensa capita-

lina. Visión de periodista no es lo mismo que vivir la realidad...

Y la tragedia de una inmoralidad que se extendía incontenible como lava volcánica, impura y "protegida" desde las cumbres. Se llegó hasta la represión violenta de la protesta de los "decen-tes". Y los que en varias ocasiones sufrieron planazos o puños de esbirros podían hablar... Inmoralidad elegante promerando escandalosamente en la Caracas comercial del este, inmoralidad zafia a la vista de todos en el centro de Caracas. Recuerden las valientes protestas del parroco de San Juan y los esforzados editoriales de "La Religión" en meses pasados... De arriba, sin embargo, se impuso silencio. Los ejemplos de los que debían darlos buenos eran la mejor incitación a la pro-cacidad. Se quería engañar al pueblo satisfaciendo sus instintos, y el pueblo en gesto violento pero de viril reac-ción asaltó los prostíbulos elegantes... El degradante comercio de carne hu-mana era un excelente negocio. Cara-cas se estaba convirtiendo en una de las ciudades nefandas.

La tragedia de la brutalidad armada en el empleo envilecedor de la tortura, y de la amenaza de una policía sin entrañas manejada por hombres turbios. La fea historia del sadismo aumentó con un capítulo nuevo en la Venezuela de ayer. La tortura, método judicial or-dinario, empleada con fría técnica en cárceles y tribunales, especializándose en los reos políticos, que muchas veces se reducían a hombres que no quisie-ron venderse. Tortura que iba a degra-dar y envilecer al reo, y que no acabó con el hamponismo y el bandolerismo, que proliferó tropicalmente en forma de asaltos y robos innumerables.

No había otra alternativa que callar o mentir... Y en efecto, todo era una horrible mentira o un silencio dolo-roso dominado por la música trompe-teril de los ditirambos serviles. En la prensa se ponían de relieve las mise-rias de países hermanos para hacer re-saltar nuestra deliciosa felicidad, las turbulencias políticas de otros países en contraste con nuestra constructiva paz, y hacía falta un diccionario oficial para entender los nuevos significados de democracia, libertad, sindicalismo...

Largo fué el camino de amargura de nuestro pueblo, pero en hora fatídica, en que todo parecía hundirse en la noche sin esperanza, despertó el león dormido y entre zarpazos y dentella-das ganó la gran batalla. Esperamos que no se pierda la victoria, que no se malogre el esfuerzo heroico.

En esta hora en que todos se estre-mecen al entonar el "Gloria al bravo pueblo" no debemos olvidar a ese hé-roe anónimo, eterno ganador de la vic-toria y perdedor de la paz. Ese pueblo es el que vive aún miserablemente en-latado en los bloques y en los ranchos míseros, el que sufre el desempleo y el hambre, el que no puede educar a sus hijos, el que conviene dignificar y capacitar para el trabajo industrial. Pueblo no son esos grupos levantiscos de mozalbetes que quieren imponer la ley de la jungla... Este Juan Bimba que un día dió la vida, mascando chi-cle, por la libertad derrumbándose des-de sus cerros sobre la ciudad elegante, y al día siguiente otra vez se enterró en sus ranchos exige pan, trabajo y una casita limpia, exige que los que gobiernan miren por el "bien común", exigen que se les trate como a hijos de Dios y a venezolanos dignos. Ellos no saben echar discursos, y por éso pronto han entrado en la sombra. Algu-nos "timoratos" se han asustado ante el caudal torrencial de los hijos del pueblo invadiendo la "ciudad alegre y confiada"... Pero yo que los conozco tengo que decirles que son la mejor ri-queza de Venezuela, que guardan como cofre viejo las esencias más puras de los valores patrios, morales y religio-sos, que están menos podridos que cierta "gente bien", y más cerca de Cristo, y viven, aún primariamente, la caridad, como no pueden sospechar ellos. Aún vibra la bendición de Cris-to: "Bienaventurados los pobres"...

En el pueblo se encontrará otra vez Venezuela que se perdió por caminos exóticos. Y en el pueblo encontramos de nuevo a Cristo encarnado con pre-sencia real pero misteriosa. Por favor que los políticos no les emborrachen con palabras engañosas y promesas irrealizables... Y, ¡ojalá no se vuelva a repetir en forma más brutal e inmi-sericorde el viacrucis doloroso que aca-ba de pasar! ¡Acordémonos de Buda-pest!

JUAN M. GANUZA, S. J.